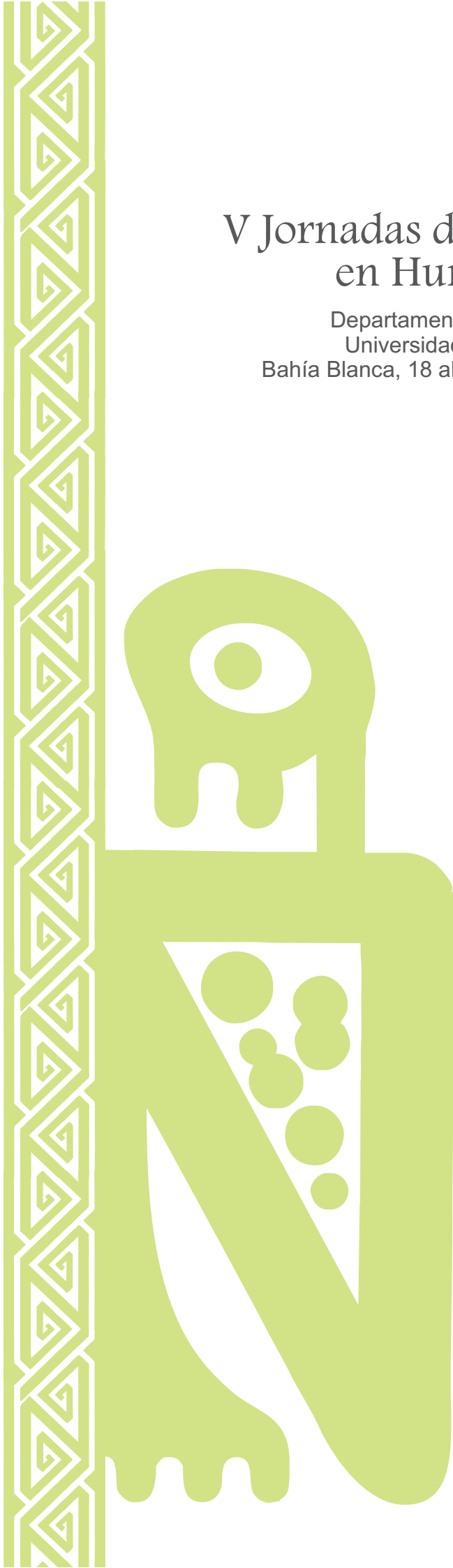


V Jornadas de Investigación en Humanidades

Departamento de Humanidades
Universidad Nacional del Sur
Bahía Blanca, 18 al 20 de noviembre de 2013

www.jornadasinvhum.uns.edu.ar



Volúmenes Temáticos de las
V Jornadas de Investigación en Humanidades

coordinación general de la colección
GABRIELA ANDREA MARRÓN

Volumen 18

**Problemáticas
de la investigación filosófica**

MARCELO AUDAY
GUSTAVO BODANZA
(editores)

La investigación como creatividad

Cristina VILARIÑO
Universidad Nacional del Sur
crisgriega@hotmail.com



Según cuenta Zaratustra, los dioses no murieron un oscuro día cuando –según la creencia– sobrevino su ocaso, sino que tuvieron un fin alegre y digno de los divinos...ellos se suicidaron a fuerza de reír, y esto sucedió en el momento en que un dios pronunciara las palabras más impías: “No hay más que un Dios. Delante de mí no adorarás a ningún otro dios.”

Así fue que todos los demás dioses rieron y bailaron, preguntando a viva voz, ¿no consiste precisamente la divinidad en que haya dioses, y que sin embargo no haya un solo Dios?

(Nietzsche, De los apóstatas, #2)

Tales de Mileto, debió sentir algo similar cuando en su estupor frente al mundo llegó a exclamar: Πάντα πλήρη θεῶν –Todas las cosas están llenas de dioses– Claro que por entonces era Apolo quien traía su carro cargado de amaneceres...

Hace ya tiempo, que solemos olvidar la sentencia de Platón en el Teetete (155 d) “Es muy propio de un filósofo esto, τὸ πάθος, τὸ θαυμάζειν, el asombro; no hay otro ἀρχή en tanto *origen* de la Filosofía, que predomine más que ese.”

Heidegger aclara que si el asombro es el principio de la Filosofía, debemos entender la palabra ἀρχή en su sentido pleno, pues si bien nombra aquello de donde sale algo, advierte que este *donde* no es abandonado en el salir, sino que el ἀρχή se convierte en eso que dice el verbo ἀρχεῖν, en aquello que rige. De manera que el πάθος del asombro no está al comienzo de la Filosofía como una acción puntual, sino que prevalece y permanece sosteniendo al pensamiento que indaga y cuestiona.

Cuando nos decidimos a iniciar una investigación, en todos y cada uno de los ámbitos de la cultura, nos enfrentamos al desafío de no

confiar en nuestras certezas... escuchemos entonces las advertencias de los espíritus libres: Gaston Bachelard fue una de las mentes más lúcidas que nos ha dado el universo de las ciencias y las artes, su apertura y la lucha contra los prejuicios al momento de comenzar una nueva búsqueda lo sitúan en aquel espacio donde sólo acceden quienes piensan en libertad y creativamente.

Por mi parte he tomado conciencia de que la indagación filosófica es una tarea que implica aprender a despojarse de todo preconceito y a reconsiderar lo que damos por sabido, ya que en el momento de enfrentarnos a temas inexplorados debemos entender que “se conoce en contra de un conocimiento anterior, destruyendo conocimientos mal adquiridos o superando aquello que, en el espíritu mismo, obstaculiza a la espiritualización.” (Bachelard, 1988:15)

Bachelard sostenía fervientemente que las causas de estancamiento y hasta de retroceso en el avance del conocimiento, no provienen de impedimentos externos dados por la complejidad de los fenómenos, sino por aquello que llamó *obstáculo epistemológico*.

Y es que frente al misterio de lo real, lo que cree saberse claramente ofusca lo que debería saberse, y cuando ante el estudioso se presenta alguna novedad, el espíritu jamás es joven, “y hasta es muy viejo, pues tiene la edad de sus prejuicios.” (Bachelard, 1988:16)

El crecimiento espiritual se detiene en presencia de una mentalidad conservadora y reaccionaria, porque hay una disposición a mantenerse en la seguridad de lo que confirma el saber y no en la incomodidad de lo que lo contradice.

Nietzsche, Bergson, Blanchot, discurrían en estas arenas movedizas, pero aun así, fundaron un territorio de comunicación virgen que mantenían estrechas vinculaciones con prácticas de iniciación, pues incorporaban elementos no racionales al discurso. Estos filósofos pensaban creativamente en medio de una pugna con las corrientes positivistas, las cuales habían reducido la eficacia del Logos a la *ratio*, considerada ésta una facultad humana que permitiría comprender lo real y dar razón a las cosas desde afuera... se les escapaba que la lógica ya presupone el lenguaje y olvidaban la dificultad que representa hacer extensivo a todo lenguaje el empleo de la función referencial. En consecuencia los positivistas se sirvieron de una forma derivada, limitada y subalterna del pensar que encontraba imposible trascender al plano de la multiplicidad.

De aquí que Nietzsche postule una homologación entre lo estético –el reino de la máscara- y lo filosófico, pues no quiere hablar de la “Verdad”, sabe que todo pensar realizado como actividad artística

estará construido sobre la mentira. Al hacer evidente este “engaño”, se precipita el acabamiento de una práctica racionalista al mismo tiempo que se abre un horizonte pensante que está ligado a la sabiduría y no a la rigidez de contenidos inamovibles. Tal vez debería decirse con mayor rigor que esta nueva tarea, no es más que un profundo acercamiento a otra mucho más antigua que varios siglos de razón instrumental hicieron olvidar.

Heidegger manifiesta esta problemática en varios momentos de su obra: en *Holzwege*, ya advierte que el pensar sólo podrá comenzar cuando reconozcamos que la razón, exaltada por siglos, es su más porfiada adversaria; o cuando en *¿Qué es filosofía?* (Heidegger, 1980:120) declara que la tarea del pensamiento, que se hace extensiva a la investigación, consiste en el abandono del pensar anterior, para poder determinar lo que es la “cosa” del pensar.

Por ejemplo, ya considerar el mundo independientemente de la idea de “naturaleza” supone generalizar la ardua experiencia de olvidar lo aprendido, de salir del determinismo, para poder así volver a hallar un contacto ingenuo con la existencia. Esta actitud supone el olvido de las tramas de significación tejidas por la costumbre y el hábito. Como sentencia Montaigne:

En verdad la costumbre es una violenta y falsa maestra de escuela. Graba en nosotros paulatinamente, a hurtadillas, la huella de su autoridad; pero, por este dulce y humilde comienzo, habiéndose asentado y plantado con la ayuda del tiempo, nos descubre rápidamente un furioso y tiránico rostro, contra el cual ya no tenemos libertad ni tan siquiera de alzar los ojos. (Montaigne, 1974: 23)

Sin embargo debemos cuidarnos: si pensamos que el “hábito oculta algo”, podemos caer en las redes del pensamiento metafísico, porque entonces habría ser detrás de las apariencias, o habría naturaleza tras las instituciones... el hábito llega a velar el hecho de que nuestras acciones son automáticas y reiterativas.

Es por eso en esta empresa de “olvidar lo aprendido”, Bergson recurre a la *intuición*, porque es el único camino que puede revelar lo vivo, el verdadero tejido del ser que quedó disimulado tras lo mecánico.

Los dioses no sólo se ríen de la jactancia de un ser que pretendía ser el único, también se burlan de esa ὕβρις que ocultan los hombres tras el principio de identidad y la supuesta posesión de una verdad inmutable. Como dice Blanchot, “vivir en primera persona, tal como hacemos todos ingenuamente, es vivir bajo la garantía del ego, cuya íntima trascendencia nada parece poder atacar...” (Blanchot, 1982:109) Y es que el pensar no pertenece a nadie, aunque se lo disputen entre la

supra-estructura de la cultura y el poder hegemónico del sistema en curso.

Heráclito mismo renunció a ser el portador del Logos y pidió que al escuchar se prescindiera de su persona, es así que si estamos atentos, de tanto en tanto, vuelven los dioses a reclamar nuestro asombro y su espacio de misterio en el mundo, para que tomemos conciencia de la tremenda modificación psíquica que se realiza a través de la comprensión de una nueva teoría científica, o al hacer contacto con un avance revolucionario en la técnica, o bien frente a descubrimientos que elevan el factor humano dentro de la sociedad.

Una vez delimitada la noción de obstáculo epistemológico, nuestro siguiente paso será entonces abandonar el modelo estructural de la lógica binaria, dejando que el pensamiento originario vuelva con su fuerza iniciática, para poner en juego una forma de lógica que podríamos llamar, como sugiere Jean-Pierre Vernant –y en contraste con el principio de no contradicción– una lógica de lo ambiguo.

Ya el tema de la *contradicción* es un gran desafío para la Filosofía Contemporánea, su complejidad va más allá del llamado *dobles mensaje* y de la aparente incoherencia, dado que puede representar un pensamiento pendular que sólo se sustenta en el devenir, pero en un devenir que debe suspender la noción de tiempo lineal.

El problema en este terreno es que habría una imposibilidad no de captar alguna verdad, sino de sostener el misterio –esto es, lo que no se percibe– de la dinámica del mundo que permanece en su enigma. Φύσις φιλεί κρύπτεσθαι repetía Heráclito, *la naturaleza ama ocultarse*, y así la realidad pasó a ser algo que nos hicieron creer que estaba escondida... sin embargo el hecho de que *ame ocultarse* es el juego que abren los entes para desafiarnos como filósofos. Por eso las cosas no son lo que parecen, pero tampoco son otra cosa.

La idea de naturaleza aparece como uno de los mayores obstáculos que aíslan al hombre en relación con lo real, al sustituir la simplicidad caótica de la existencia por la complicación ordenada de un mundo. Esta simplicidad, es lo que Deleuze llamó *la univocidad del ser*, porque “una sola voz constituye el clamor del ser” (Deleuze, 2002:71) en tanto el ser es lo que se predica de todo lo que existe.

Pero es el hombre con su voluntad de sistema quien impone casilleros y clasificaciones, como observa Nietzsche “el gran edificio de los conceptos ofrece la severa regularidad de un *columbarius* romano”... mientras que las metáforas intuitivas son individuales y no encuentran pareja, por lo que saben escapar a todo encasillamiento.

Consciente de la tiranía de la lógica binaria, Nietzsche se preguntaba cuándo daremos término a nuestros escrúpulos y preveniciones, cuándo dejaremos de estar obcecados por todas esas sombras de Dios. Comencemos por desdivinizar lo que entendemos por naturaleza para ser realmente naturales, para recuperar una naturaleza liberada, para aceptarnos definitivamente como artificio.

Hasta aquí algunos de los obstáculos e inconvenientes que pueden entorpecer el avance de la investigación, pero veamos algunos recursos que la favorecen.

Deleuze descubre ciertas estrategias que llama *colusiones*. Una colusión es en principio una figura jurídica, por la que dos o más entidades se asocian para perjudicar (o favorecer) a una tercera. Por ejemplo, una complicidad entre arte y pensamiento, es decir la mirada estética, puede desbaratar la realidad impuesta, la economía salvaje, la moralidad inventada, dentro de un sistema que se presenta como irreversible. Porque estamos enfermos de irreversibilidad, y aún no aprendemos el juego de intercambiar relatos con el mundo, de confabularnos con la imaginación y la creatividad para generar una colusión contra la imposición y los mandatos absurdos.

Para Deleuze, el juego ideal anuda el arte, el pensamiento y el azar... y así confirma la necesidad del azar. Esto que se muestra como una paradoja, llega a ser parte de la aventura que es la investigación, hay que afirmar el azar, abrazar lo que parece una contingencia cuando en realidad es una invitación. Hay que estar atento a eso que llamamos casualidad, Heráclito también lo supo: “Quien no espera lo inesperado no lo hallará jamás por no ser ello ni escrutable ni accesible.”

También Henri Bergson fue un pensador que se atrevió a desafiar gran parte del conocimiento alcanzado en su época, tenía muy claro cuáles eran los obstáculos epistemológicos que provenían de la misma ciencia, y fue así que vislumbró una fisura en esa universalización que es la primera ley termodinámica:

Se alega, que la ley de conservación de la energía se opone a que pueda crearse el menor ápice de fuerza o de movimiento en el universo, y que si las cosas no pasaran mecánicamente, si una voluntad eficaz interviniera para ejecutar actos libres, esta ley sería violada... pero esa ley, como todas las leyes físicas, no es más que el resumen de las observaciones hechas sobre fenómenos físicos; expresa lo que pasa en un dominio donde nadie ha sostenido jamás que hubiese capricho, elección o libertad; y precisamente se trata de saber si [esta ley] se verifica

aún en casos en los que la conciencia se siente en presencia de una actividad libre. (Bergson, 2012:48)

De aquí que para Bergson, y en coincidencia con Nietzsche, la voluntad es capaz de crear energía porque su íntima esencia es aumentar la potencia en virtud de una “técnica” ancestral que crece y se propaga. Es decir que hay un artificio constante de la conciencia, desde sus orígenes más humildes en las formas vivientes elementales (como la ameba), que da vuelta la ley de conservación de la energía.

Bergson veía al hombre como la invención más singular de la vida, en tanto en él se han expandido las fuerzas de la diferencia y de la creación, sin embargo, y esto es lo difícil de procesar, sabía que era un lugar de paso, ya que la forma humana podrá ser arrasada por el mismo impulso vital que la ha creado.

Aceptar que la evolución no se detiene, que crear es al mismo tiempo aniquilar, es lo que propongo considerar al introducirnos en el pensamiento bergsoniano. (Nietzsche también supo decir que en el acto de destruir hay una especie de construcción. Se hace filosofía a martillazos.)

Tanto Nietzsche como Henri Bergson, aplicaban a la filosofía el mismo enfoque que Bachelard daba a las ciencias: promovían la apertura del pensamiento para convertir toda investigación en una verdadera actividad plástica, una tarea que hiciera de la creatividad, la categoría primera e insustituible.

Bibliografía

- Bachelard, Gaston (1988) *La formación del espíritu científico*, Siglo XXI editores.
Bergson, Henri (2012) *La energía espiritual*, Buenos Aires, Cactus.
Blanchot, Maurice (1982) *La risa de los dioses*, Barcelona, Taurus.
Deleuze, Gilles (2002) *Diferencia y repetición*, Buenos Aires, Amorrotu.
Heidegger, Martin (1980) *El final de la filosofía y la tarea del pensar*, Madrid, Narcea
Montaigne (1974) *Ensayos*, Tomo I, Londres, Pinguin.